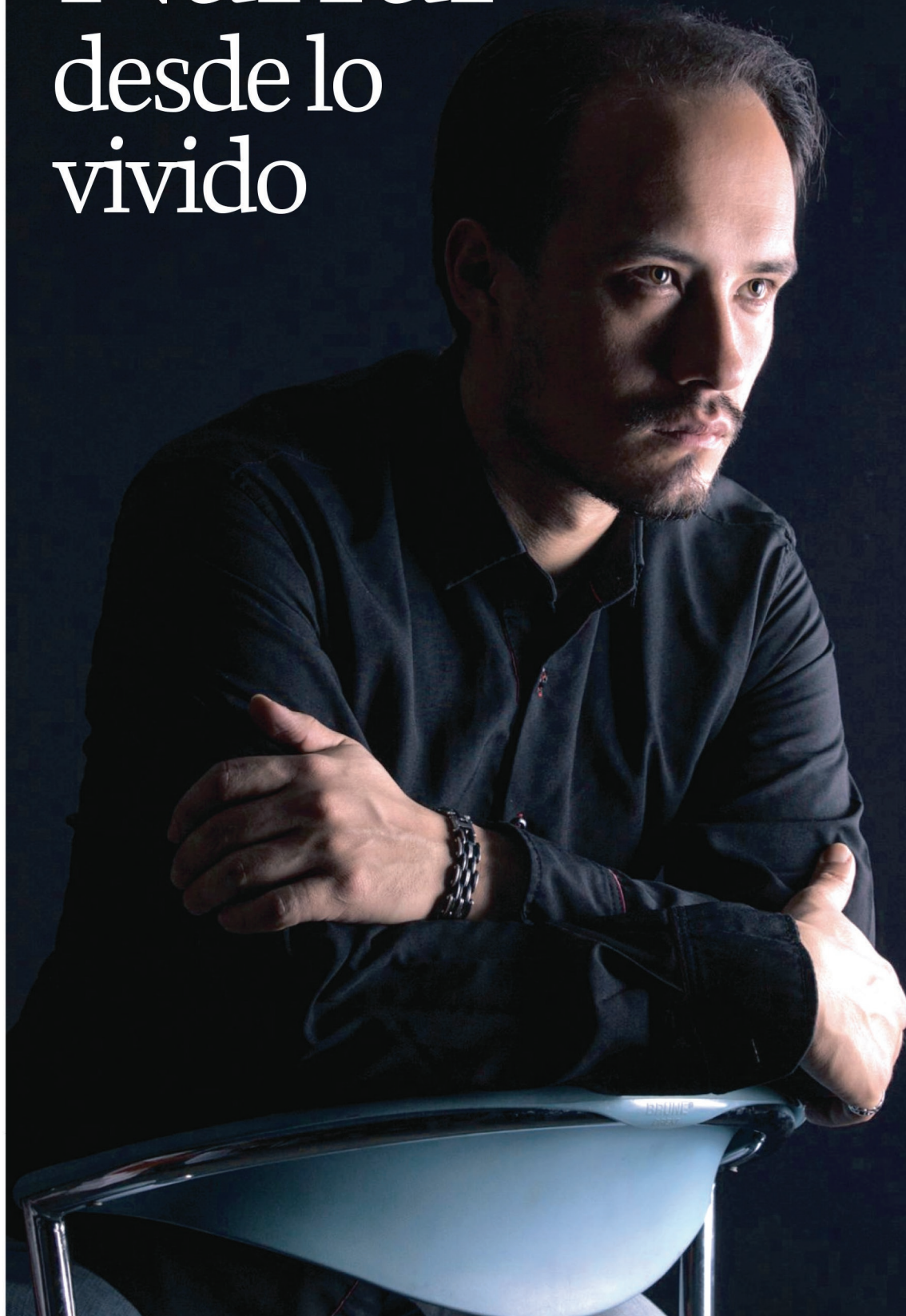


Narrar desde lo vivido



>>Autores

Conversación virtual con Andrés Rojas, autor del libro de cuentos 'Lugares Comunes'. El escritor actualmente vive en Buenos Aires, donde se dedica a investigar sobre el tango. Cuentistas.

Por Santiago Nieto Aristizábal

Estudiante de Comunicación de la Universidad Icesi
Especial para Gaceta

A un mes de entrada la cuarentena decidí seguir los pasos de dos autores transformados en influenciadores: transmitiendo lecturas de cuentos en vivo a través de encuentros diarios en Instagram Live. Ricardo Silva Romero lo hizo con su libro Historia oficial del amor, en el marco de la Filbo virtual y con un elenco estelar de invitados. Eduardo Sacheri lo viene haciendo con un cuento distinto cada día. Este último modelo fue el que elegí, y el 27 de abril arranqué leyendo a Cortázar. El 29, que tenía planeado leer '¿Cuánto puede elevarse un conejo?' de Andrés Rojas, se me ocurrió etiquetarlo, a ver qué pasaba, pensando que de pronto compartía el flyer y se sumaba más gente.

No solo sucedió eso, sino que pude charlar un rato con él. Desde ese momento, Andrés empezó a asistir a mis lecturas en vivo con frecuencia, participando de la conversación. Nunca hubiera imaginado, hace más de un año, que el autor de uno de mis libros favoritos de los últimos tiempos entrara a verme leer cuentos y a hablar sobre ellos. Nunca hubiera pensado, ni loco, que me daría su número telefónico e invitaría a sus contactos a entrar a las transmisiones. Y mucho menos hubiera creído que me enviaría una versión actualizada de 'Gravedad', uno de sus mejores cuentos, para leerlo en una transmisión en conjunto con él. Lo que hace posible la cuarentena.

Fotos: tomadas del Facebook de Andrés Rojas.



“Los personajes y argumentos de estos cuentos son imaginarios, cualquier semejanza con personas vivas o muertas es su problema”. Advertencia de ‘Lugares comunes’, Andrés Rojas

carcome el último pedacito de madera, momento en que la silla finalmente se rompe y hace caer a Salazar para llevarlo a la muerte.

Yo ya tenía la historia del cuento Gravedad, pero no sabía cómo contarla. Ese cuento me generó el desafío narrativo de entrar a contar como en “cámara lenta”. La idea de una historia que está sucediendo lentamente mientras sucede otra, en forma paralela.

Hablemos del cuento...

Técnicamente fue un cuento muy difícil de escribir, porque hay tres formas verbales: pasado, presente y futuro. Y es difícil manejar las tres temporalidades narrativas sin que se pierda el lector.

Algo que también es interesante es la manera en que el narrador nos involucra, como si fuera un espectáculo teatral. El narrador nos está diciendo: “ustedes están aquí, presenciando este suceso”.

Es una técnica que tomé de la narrativa teatral: “romper la cuarta pared”, involucrar al lector. Mi escritor preferido es Günter Grass. En ‘El tambor de hojalata’ él arranca con un tono desafiante, y eso me gusta. Dice: “Pues sí, estoy en un sanatorio”. Lo declara abiertamente al lector, lo desafía. También en una novela de Javier Marías hay un capítulo que dice: “cuidado lector, la asesina puede estar detrás suyo”. Y uno lee eso y le toca voltearse a ver qué pasa. Por otro lado, eso es algo que me gusta del epígrafe inicial de ‘Lugares Comunes’, que es un poco retador.

En el 2019 descubrí ‘Lugares Comunes’, el libro de cuentos de Andrés Rojas que publicó Angosta Editores en 2018. Lo encontré por casualidad: había entrado a la librería sin buscar nada en específico, y mientras miraba aleatoriamente por la sección de literatura colombiana, un libro de tamaño y color particular llamó mi atención. Tenía huellas de zapatos dibujadas sobre el lomo que continuaban en la portada. Cautivado, le di la vuelta y leí lo siguiente: “Andrés Rojas aborda estas historias desde puntos de vista insólitos, con voces cercanas a la oralidad caleña pero enriquecidas con la tradición universal del cuento”. El último detalle, como para que no hubiera dudas de que ‘Lugares Comunes’ sería mío, fue descubrir, en

la solapa interior del mismo, que Andrés era caleño y que vivía en Buenos Aires (donde yo viví hace un par de años). Lo compré, lo leí, y lo declaré mi libro favorito de los que leí ese año. Sentía que había encontrado un libro que plasmaba el lenguaje de mi ciudad con facilidad y con belleza. Los relatos eran divertidos, románticos y entretenidos, y dejaban sentir, entre la fuerza de su estilo impreso en cada palabra, la emoción viva del narrador. A fin de cuentas, eso fue lo que más me llamó la atención del libro: lo vivas que se sentían las historias contadas en él.

Andrés, antes de entrar a hablar

sobre ‘Gravedad’, quiero preguntarte por el epígrafe que precede, una cita de Saramago: “Sin duda cae, pero el tiempo de caer es todo el que queremos y, mientras miramos este inclinarse que nada detendrá y que ninguno de nosotros ira a detener, ahora ya sabido irremediable, podemos volverlo todo atrás”. Al releerlo, siento que es una frase que perfectamente encapsula el concepto y la idea del cuento. ¿Leíste la frase y eso sembró la idea del cuento? ¿O la frase llegó después de escribirlo?

El cuento de donde extraje la frase se llama Silla. Habla de la aventura de una carcoma, una termita que se está carcomiendo la silla de Salazar, el dictador portugués. Finalmente

“El escritor argentino Andrés Neuman considera que el cuento es orgánico. Que al releerlo, sentís que trabaja de forma distinta y descubris ángulos nuevos; lo vivenciás de otra forma. Me pasa igual”.

Interesante, no se trata de una lectura “pasiva”. Me enviaste una versión 2020 de ‘Gravedad’, y quisiera saber ¿cómo es eso de seguir editando un cuento a dos años de haberlo publicado en un libro? Comparando con la edición impresa, me di cuenta de que había muchos cambios, aunque la esencia del cuento sigue siendo la misma. Me da mucha curiosidad esa búsqueda constante, tal vez interminable...

Total. Me voy a poner un poco en versión “escritor que está en conversatorio”. Borges decía que si no publicaba los cuentos, no dejaba de editarlos. Y Andrés Neuman, que es otro de mis escritores favoritos, considera que el cuento es algo orgánico. Que al releerlo, sentís que trabaja de forma distinta y descubris ángulos nuevos; lo vivenciás de otra forma. Me pasa igual. Yo no soy el mismo de ayer, ni el de hace dos años. De modo que vuelvo a leer el cuento y pienso que es una oportunidad para hacer el ejercicio de mirar cómo me gustaría que fuera ahora. Los cambios que le hice estuvieron muy de la mano con lo que aprendí de un maestro con el que estuve trabajando aquí en Argentina, Marcelo di Marco. Tiene un blog que se llama Taller de corte y corrección, en el que están todos los tips de escritura y edición. Él me sugirió darle más agilidad al texto. Y eso hice. Lo ajusté, además, porque sentía que había ciertas divagaciones.

¿Cómo es tu proceso creativo? Sos de los que van anotando ideas a lo largo del tiempo y luego se sientan



a escribir con ese apoyo, o lo hacés todo en un día, en una misma sentada.

Yo no sabía cuál era mi proceso creativo, la verdad. Ahora vine a encontrar el concepto en el cual baso mi trabajo. Desde muy pequeño escribo, y escribo para mí. Ahora que encuentro el método, sé que lo que hago algunos lo han comenzado a llamar “escritura transformacional”. Consiste en escribir para uno mismo, sus propias ideas, el quehacer cotidiano de la vida. Es una meditación íntima. Y luego, si se quiere, uno puede pasar algo de eso a una “versión de ficción”. Yo conservo una rutina muy íntima con la escritura. La escritura es como “mi Yoga”. Escribo un montón, pero después analizo qué de eso que escribí puede ser llevado a un estado de ficción, qué merece ser preparado para la vista de lectores externos. Entonces tomo de mi escritura íntima una historia, una idea, y la monto al “aparataje de la ficción”.

-Varios de los cuentos que están en ‘Lugares Comunes’ se leen como anécdotas. Se genera la sensación de que son historias reales que sucedieron en Cali. A propósito de esto quiero leer otro epígrafe del libro...

Sí, es que amo los epígrafes... Para mí el epígrafe es como el acorde principal que va a dar el tono del resto de la narrativa.

-El epígrafe principal del libro dice así: “Los personajes y argumentos de estos cuentos son imaginarios, cualquier semejanza con personas vivas o muertas es puramente casual”. El “puramente casual” está tachado, entonces se lee: cualquier semejanza con personas vivas o muertas es su problema”. Para mí como caleño es casi imposible no encontrarme en algún cuento de este libro. Eso debe tener relación con lo que vos decís, de que escribís sobre tu vida y luego le pones el factor de la ficción... pero

no deja de ser todo muy cercano a la vida en Cali.

Así es. Yo siento que Cali es un teatro, es una ciudad que te da muchísimo para escribir. Cuando encontré los escritores que narran a Cali... bueno, yo que estaba buscando un “tono”, una forma, un género para narrar, dije: aquí está. Eso fue importantísimo para mí. Están Umberto Valverde, con ‘Bomba Camará’, que tiene toda la salsa y la Cali de los años 70, Jaime Castaño Mora con ‘Negocios de Dick Tracy en Siloé’, que también narra el barrio; Alonso Salazar con ‘No nacimos pa’ semilla’, aunque es paisa narra lo urbano, al igual que ‘El parcero del popular número 8’, de Robinson Posada. Este último es uno de los que ha sabido “narrar en parlache” todo un libro. Estos textos reúnen todas estas características de la narrativa urbana colombiana para hacerlas ficción y mantienen vivo nuestro dialecto.

“Yo conservo una rutina muy íntima con la escritura. La escritura es como “mi Yoga”. Escribo un montón, pero después analizo qué de eso que escribí puede ser llevado a un estado de ficción, a cuentos”.



En 2018, editorial Angosta, fundada por Héctor Abad Faciolince, publicó el libro de Andrés Rojas.

-Encontrar en libros el lenguaje de nosotros, el que hablamos, no es común. Pero siento que leerlo en tu libro de alguna forma es como darle vida a ese lenguaje través de las historias. Que se cuente lo que pasa acá, en palabras de nosotros.

Sí... me parece que tenemos muchas influencias de lo anglo, de una forma de contar que no se tiñe de nuestra propia cultura. Para mí, al menos, es importante que, así no me entiendan personas extranjeras, mi cultura esté presente en mis cuentos. El personaje de ‘Pa’ la pista’ no se entiende si lo cuento desde una tercera persona o una primera persona que hable de una forma neutra, pienso. Me parece bien tener la herramienta del lenguaje teñida de cultura, y dejar que todo eso entre en el personaje.

-¿Por qué ‘Lugares Comunes’ como título para el libro?

Te explico: el libro de cuentos que se ganó el premio Jorge Isaacs se llama ‘Pa’ la pista y otros relatos’. En 2018 trabajé con Angosta Editores, y ellos querían un libro distinto, una nueva selección de cuentos. De esa nueva baraja de cuentos premiados y otros inéditos salió el nuevo título. Lo llamamos ‘Lugares comunes’ porque hay clichés como “estoy enamorado, me encantás”, o expresiones como “sus ojos son bellos”, que bien vistos, no aportan nada creativo y los dice todo el mundo. Me interesa la situación que los origina. El cuento homónimo revisa los lugares comunes que usamos en la cotidianidad cuando estamos enamorados y el personaje,



que es muy romántico, trata de darle un valor más allá de lo trillado.

-En literatura se habla mucho de que los escritores “encuentren su propia voz”, pero yo en tu libro encuentro unas voces de narradores muy diversas, muy cambiantes. Eso a mí me parece positivo. ¿Cómo te relacionas con esa idea de “encontrar tu propia voz”?

Es que soy un poco esquizofrénico, entonces me hablan muchas voces. No, pero realmente, si vamos al fondo, se trata de técnicas narrativas. A mí me gusta el “narrador personaje”. Entonces hay que ha-

Con el libro ‘Pa la pista y otros relatos’, Andrés Rojas obtuvo el Premio Jorge Isaacs de cuento en 2016.

cerle una deconstrucción a ese personaje. Un niño no narra igual que un anciano, o igual a alguien que ha vivido la calle. Yo elijo que los personajes cuenten sus historias y encuentren sus propias voces. Aplico el método de Alfredo Molano; el escritor como médium. Me presto para que hablen a través mío.

-‘Ángeles’ es un cuento que está narrado todo como si fuera una llamada de teléfono. Esa es una idea peculiar para narrar un cuento. ¿Cómo surgió eso?

Yo trabajé mucho en talleres de escritura, primero como estudiante

y luego como copiloto de un taller de escritura en Cali, al lado de Julio César Londoño. Una de las bondades de los talleres de escritura es que a veces te topás amigos con criterio. ‘Ángeles’ es una llamada entre dos amigos. El que faltó a la cita y el que llama a reclamarle y de paso le cuenta la aventura de la noche después de la faltoneada que sufrió.

Un amigo del taller leyó la primera versión del cuento y me hizo caer en la cuenta de que el interlocutor del otro lado de la llamada realmente no tenía un protagonismo. Me dio entonces las palabras mágicas de todo creador: ¿Y qué pasaría si lo eliminás? Eso me voló la cabeza. Era un reto y me puse a trabajar el cuento de tal manera que quedara tácita la presencia de quien está del otro lado de la línea. Llevar un texto a una versión que será leída, plantea siempre un desafío narrativo, te pide jugar con un elemento técnico. Me encanta preguntar: ¿y si lo cuento en tercera persona?, ¿o en primera?, ¿o en segunda?, ¿y si lo cuento en pasado?, ¿y si lo cuento en presente? Es un proceso largo, pero descubrir así la forma en que realmente quiero contarle es satisfactorio.

-Andrés, ¿qué planes futuros tenés con respecto a la escritura?

La verdad es que ahora estoy 100% dedicado al tango, acá en Buenos Aires. Por supuesto que sigo escribiendo, pero planes como tal, en cuanto a libros, por el momento no hay.